La nota debajo de la taza

Shyvirelle

Reparto

MARGA: Encargada de la actividad. Práctica, paciente solo cuando le conviene.

JULIA: Participante cuidadosa hasta el extremo. Protege su taza como un tesoro.

OMAR: Participante que convierte cualquier asunto en una negociación formal.

BERTA: Participante reacia a las actividades colectivas. Observa antes de ceder.

Duración, espacio y utilería

Comedia de una escena, duración orientativa de 8 a 10 minutos con las pausas y demostraciones indicadas. Una mesa, cuatro tazas vacías e irrompibles de colores diferentes, una hoja doblada con la consigna y, si se desea, cuatro sillas. No se necesita agua ni simular que se bebe.

Escena única

> *Una sala de barrio. MARGA dispone cuatro tazas vacías sobre la mesa, cada una junto a su dueño. La hoja doblada queda debajo de la suya. JULIA mantiene ambas manos en torno a una taza color crema. OMAR inspecciona el asa de la suya. BERTA no toca su taza amarilla: la mira con desconfianza, como si pudiera meterse sola en problemas.*

MARGA: Bien. Gracias por haber venido al intercambio.

JULIA: Lo diré antes de empezar: la mía vuelve conmigo.

OMAR: La mía también. He comprobado que tiene el tamaño correcto para mi mano. Eso no se improvisa.

BERTA: Yo he venido a comprobar qué clase de asociación pide a la gente que entregue su taza. Luego decidiré si hago una reclamación.

MARGA: Nadie tiene que entregar su taza.

JULIA: Entonces el anuncio estaba mal escrito.

MARGA: Decía: «Trae una taza. Intercambia su uso durante un minuto».

OMAR: Exactamente. La propiedad y el uso no son sinónimos. Pero faltaba aclarar si ese minuto era prorrogable.

BERTA: ¿Y si alguien tarda cincuenta y nueve segundos en hacer algo espantoso?

MARGA: Tiene un segundo para arrepentirse. A ver, cada quien con la taza delante. Quiero proponer algo pequeño: durante un minuto, otra persona probará una manera distinta de usarla.

JULIA: ¿Una manera distinta de beber?

MARGA: Nadie va a beber. Están vacías. Hoy no son recipientes para tomar nada.

JULIA: Eso no mejora la situación. La mía ha sido una taza ejemplar en su oficio.

OMAR: Propongo redactar un acta de cesión de uso.

BERTA: Propongo suspender el taller antes de que aparezca el acta.

> *MARGA levanta su taza azul, descubre la hoja y la desliza al centro de la mesa sin leerla. Coloca la taza boca abajo. Hace un gesto solemne, como si inaugurara un monumento.*

MARGA: Primera demostración. Una taza puede ser un escenario. Miren.

> *Hace caminar dos dedos alrededor de la taza invertida, como si fuesen un actor nervioso. Un dedo sube al fondo plano y saluda al público imaginario. Los otros tres siguen el recorrido con los ojos.*

JULIA: Ese actor está pisando el escenario con zapatos de calle.

OMAR: Y no ha pagado entrada.

BERTA: Si se cae de ahí, que no reclame al teatro.

MARGA: Julia, te cedo el escenario un minuto. Sin cambiar de propietaria.

> *MARGA empuja la taza azul unos centímetros. JULIA acepta con la punta de los dedos. La hace girar muy poco y coloca un dedo sobre el fondo como una bailarina que no se atreve a levantar los brazos.*

JULIA: Está esperando a que la función sea segura.

BERTA: Como nosotros.

> *JULIA devuelve la taza a MARGA con exagerada delicadeza. MARGA la endereza.*

MARGA: Un uso nuevo. ¿Seguimos?

OMAR: Voy a necesitar una definición de «nuevo». La humanidad lleva siglos utilizando objetos como escenarios.

MARGA: Si encuentras una obra estrenada sobre el fondo de mi taza, te devuelvo la entrada.

> *OMAR coloca su taza gris en el centro. La mira desde varios ángulos y golpea suavemente con una uña su exterior. Da dos golpes cortos y uno largo.*

OMAR: La mía puede ser un metrónomo para una reunión. Dos golpes significan «habla una persona». Un golpe largo significa «se acabó la reunión».

BERTA: Es el invento más útil que he oído en años.

JULIA: Yo puedo necesitar una reunión muy larga.

OMAR: Tendrías que solicitar una ampliación. Por escrito.

MARGA: Berta, prueba el uso.

BERTA: No me apunté para tocar la taza de un señor al que acabo de conocer.

OMAR: Durante exactamente un minuto no será mi problema, será tu instrumento. Luego me lo devuelves.

BERTA toma la taza gris con dos dedos. Da un golpecito casi inaudible.

OMAR: Más firme. El público debe saber que ha empezado la sesión.

BERTA golpea tres veces con decisión. OMAR abre la boca para objetar. BERTA produce un golpe largo y coloca la taza inmediatamente delante de él. OMAR la recoge, derrotado por su propio sistema.

BERTA: Reunión terminada.

JULIA: Ha sido una gran reunión.

MARGA: Segunda actividad nueva. Nadie ha perdido una taza.

OMAR: He perdido el turno de palabra, que es bastante parecido.

MARGA señala la taza color crema. JULIA la aparta unos centímetros hacia ella.

JULIA: Esta tiene un borde que encaja con la palma de mi abuela. Es de un material resistente, pero el recuerdo no es irrompible.

MARGA: Entonces no vamos a burlarnos del recuerdo. Elige tú el uso.

JULIA: No sé qué hacer con ella si no puede ser taza.

BERTA: ¿Y si sirve para decir «hasta aquí»? Un límite pequeño. Sin discutir con nadie.

BERTA acerca su propia mano al centro de la mesa y la detiene antes de tocar la taza crema. JULIA observa el espacio entre ambas manos.

JULIA: ¿Como una frontera?

BERTA: Como una frontera que se puede levantar sin llamar a un arquitecto.

JULIA: Eso me gusta. Puede marcar dónde termina mi sitio cuando trabajo.

OMAR: Una frontera portátil está sujeta a conflictos de jurisdicción.

MARGA: Omar, pruébala un minuto. Julia la presta, no la regala.

JULIA asiente, pero mantiene un dedo sobre el asa mientras OMAR se acerca. Él espera. JULIA retira el dedo. OMAR coloca la taza entre él y MARGA, se sienta erguido y respira satisfecho.

OMAR: Mi despacho acaba de crecer un palmo.

MARGA: Tu despacho ha invadido el mío.

OMAR: Negociaremos la frontera.

JULIA toma la taza y la devuelve a su lugar con una sonrisa que intenta ocultar.

JULIA: No ha sufrido daños.

BERTA: La amistad entre ambos despachos, en cambio, queda pendiente de evaluación.

MARGA: Nos falta tu taza, Berta.

BERTA pone ambas manos sobre la taza amarilla como si cubriera algo secreto. Mira a los otros tres, que esperan.

BERTA: No pienso hacer una pantomima con esta taza.

OMAR: Hemos hecho tres. La estadística está a favor de que una cuarta no nos mate.

JULIA: Podemos elegir algo discreto.

BERTA: No. Ese es precisamente el problema. Todo lo que han hecho ha sido razonable. Yo estaba preparada para denunciar una tontería monumental, y ahora me están dejando sin argumento.

MARGA: Todavía puedes inventar una tontería monumental.

Pausa. BERTA mira el asa. Levanta la taza. Primero la mantiene a la altura del pecho como un pequeño catalejo sin mirar realmente por dentro. Luego la apoya sobre su propia cabeza, la retira de inmediato y la hace aterrizar en el centro de la mesa con un sonido seco, sin peligro.

BERTA: Atención. Soy la directora del primer aeropuerto interplanetario para hormigas. Esta es la torre de control.

OMAR: Es un aeropuerto sin aviones.

BERTA: Las hormigas han venido andando porque el presupuesto espacial se agotó en la torre.

JULIA: ¿Y dónde está la pista?

BERTA mueve una mano por la mesa como si guiara una caravana diminuta. Con la otra alza la taza y la gira lentamente, observando a las hormigas imaginarias. MARGA la sigue con la mirada, muy seria.

BERTA: Pista autorizada. Atención a la maniobra de un animal con seis piernas y cero maletas. Solicita permiso para estacionar debajo de la taza.

MARGA: Permiso concedido.

OMAR: Objeción. No hay espacio para una terminal de equipajes.

BERTA: Por eso no hay maletas, Omar. Somos una compañía eficiente.

BERTA deposita la taza boca abajo sobre el lugar donde supuestamente espera la hormiga. Se inclina y escucha un instante. Luego habla hacia el asa como si recibiera un informe extraordinario.

BERTA: Emergencia: el primer pasajero se ha quedado dormido en la pista. Suspendemos todos los vuelos hasta la primavera.

Los demás estallan en risas. BERTA mantiene una expresión oficial varios segundos antes de ceder a una sonrisa.

JULIA: ¿Puedo probar la torre? Solo un minuto.

BERTA extiende la taza amarilla hacia JULIA sin soltarla aún.

BERTA: Con una condición: no me cambies el aeropuerto de sitio.

JULIA: No pienso tocar las hormigas.

BERTA suelta la taza. JULIA la coloca sobre una esquina de la mesa, levanta un dedo como si fuera un avión minúsculo y dibuja un círculo completo. BERTA le hace señas con ambas manos para corregir el aterrizaje. OMAR marca un compás silencioso golpeando el aire, no la taza. MARGA observa el intercambio con satisfacción.

MARGA: Cuatro usos, cuatro tazas, cuatro dueños. Nadie ha tenido que renunciar a nada.

OMAR: He renunciado a presentar una reclamación.

JULIA: Yo he prestado la mía sin mirar el reloj.

BERTA: Y yo he inventado una empresa de transporte que, por primera vez, no pide a nadie que llegue antes de salir.

MARGA recoge la hoja doblada del centro y la guarda bajo su taza, sin enseñarla.

JULIA: ¿Qué decía la nota?

MARGA: Lo que acabamos de hacer.

OMAR: Entonces debería haberla leído antes.

BERTA: No. Si la leías, nos perdíamos la reunión que he terminado, la frontera que hemos negociado y el aeropuerto que he tenido que cerrar.

Una pausa. BERTA levanta su taza a modo de torre. Los otros tres hacen, cada uno con su propia taza, el gesto del uso que descubrieron: un escenario, un metrónomo sin golpe, una frontera. BERTA dirige el tráfico de hormigas hacia la salida, complacida.

BERTA: Próxima sesión: intercambiamos el uso de una silla. Que cada cual traiga una irrompible.

Oscuro.